

# Evangelización del cristianismo en los barrios de América Latina

---

**Pedro Trigo,  
Centro Gumilla.  
Caracas, Venezuela.**

*En homenaje y agradecimiento a Gustavo Gutiérrez.*

## **1. La cultura en los barrios**

### **1.1. La incultura de los barrios**

#### **Opinión vigente**

Hablar de la cultura de los barrios y las zonas populares que surgen de ellos sigue siendo paradójico en nuestro país. Todavía la opinión prevalente es que el barrio es el lugar de la incultura. Lo que de cultura puede haber en un barrio sería, según la estimativa vigente, una magnitud residual o un reflejo incomprendido y deformado. Sería lo que aún queda de la cultura campesina, desarraigado, desubicado y privatizado; y lo que refluye de la ciudad, que el barrio consume sin descifrar sus claves, como signo de identificación y prestigio. Según el sentir de la ciudad, la cultura en los barrios es una retórica postiza que no logra cubrir la desnudez, más aún la orfandad cultural de sus habitantes. Por eso referirse a la cultura de los barrios como a un fenómeno que brota de sus entrañas, como un producto genuino de sus moradores no pasa de ser una pretensión ridícula o una extravagancia, si no se reduce a la mirada generosa y alentadora del maestro a los balbuceos del neófito desmañado que se inicia torpe aunque lleno de ilusión.

#### **Causas**

Esta evidencia de la cultura establecida proviene de diversas fuentes. Una

de ellas sería la dificultad que posee el heredero de un rico patrimonio de percibir algo que surge. Un gustador de estilos y formas que recibió ya hechos y nimbados por el prestigio no suele volver la vista a lo que se crea desde sí mismo; la cultura como lo que se gusta entraña una actitud humana muy diversa a la de la cultura como lo que se gesta. Para la mayor parte de los venezolanos de la ciudad la cultura tiene que ver con la erudición (y el fastidio) y en el mejor de los casos con el disfrute, pero no con la creación. Al que carece de ese hábito no le resulta fácil descubrirlo en otros. Pero esta dificultad genérica llega a convertirse en imposibilidad si quien crea es el de abajo, es decir, el marginado del mundo moderno, el que carece no sólo de lo que torna a la vida digna y apetecible, sino hasta de los elementos mínimos para perdurar en ella. Una cosa es que la carencia no sea culpable. Pero resulta obvio que quien se ve privado de lo imprescindible y vive a salto de mata en un medio inhóspito no puede dedicarse a poseer cultura (por eso es inculto); menos aún a producirla. Si no hay condiciones materiales para la cultura, no puede haber cultura; por lo tanto no hay que molestarse en indagar si la hay. Una tercera dificultad se añade a las anteriores: la cultura que se produce en los barrios es heterogénea respecto de la que posee la ciudad. La cultura de los barrios es mestiza (en sus diversas combinaciones), no es meramente occidental como la de la ciudad, aunque contenga muchos elementos occidentales. Desde el etnocentrismo del hombre occidental, refrendado por su posición de cultura dominante, ¿cómo tener ojos para ver algo distinto, si además surge entre los dominados? Hay, por fin, una cuarta razón que complica definitivamente el panorama confundiendo y despistando al observador: en el barrio se dan ciertamente muchos elementos de la cultura campesina y cada vez más se consume no sólo la cultura propia de la ciudad, sino la cultura específica que los medios de masa crean para consumo del barrio. Quien compone para esos seres que considera primitivos y desgarrados, infantiles y tan permeables a lo que se produce desde arriba y sin amor ¿cómo va a estimar a los habitantes de los barrios como seres culturales?

Se podrá discutir hasta qué punto define más a un habitante de barrio su condición de marginado o la de explotado o la de en vías de desarrollo. Pero en cualquier caso es o un participio pasivo o uno que viene de la noche del tiempo hacia nosotros descontando febrilmente camino. Nunca, un sujeto activo con sustancia propia, un sujeto cultural.

### **Balance**

Estamos de acuerdo con lo que afirma la cultura dominante; pero no con lo que niega. Es cierto que el habitante de los barrios es un marginado del mundo moderno que busca desesperadamente no sólo entrar en ese mundo, sino poseer su secreto. Es cierto que es un explotado en el mercado de trabajo y un discriminado en la asignación de los recursos del Estado y de sus

servicios, en la configuración social, en la administración de la ley y en la actuación de los cuerpos de seguridad. Y que en el fondo de su corazón no acepta esta situación, anhela una liberación y avanza lo que puede en los espacios que le quedan algo más libres. Pero no es sólo un rezagado o una víctima. Su dinamismo no se dirige únicamente a adaptarse al orden vigente o transformarlo a su favor. Quien así padece y actúa, lo hace desde su condición de ser cultural. Vamos a tratar de mostrarlo.

## **1.2. La novedad histórica de los barrios**

### **Las grandes migraciones**

Empezaremos por un marco teórico que podría ser prescindible, pero que nos parece conveniente explicitar. Se trata de preguntarnos en qué edad está nuestro tiempo histórico. Nuestra respuesta es que estamos entrando en una época nueva. La historia de Venezuela (como la de otros países de América Latina) se dividiría en tres épocas. La primera sería obviamente la amerindia. Tendríamos que considerarla como una época internamente diferenciada, tanto que la conquista española fue también guerra "civil". En el caso de Venezuela son los arawacos los que, sintiéndose amenazados por los caribes, se alían con los españoles, y son los caribes emergentes quienes llevan el peso de la resistencia (por regla general). La segunda época es la de los españoles, también con tensiones internas, que dan lugar a dos períodos sucesivos: el primero, que va hasta la Independencia, está bajo la supremacía de los españoles europeos; el segundo está regido por los españoles americanos (criollos). La tercera época se abriría con lo que (con tanta razón como en Europa) podemos calificar como las grandes migraciones, fenómeno latinoamericano que tiene un primer impulso en la década de los 30, pero que se vuelve vertiginoso e incontenible después de la segunda Guerra Mundial. Entre nosotros, al principio gira alrededor del petróleo y con la caída de Pérez Jiménez se vuelca sobre Caracas, Maracaibo y Valencia hasta alcanzar a otras ciudades. El fenómeno está condicionado por un sistema de tenencia de la tierra y unas condiciones técnicas anacrónicas (la reforma agraria necesitaba disminuir drásticamente la presión campesina sobre la tierra); pero más que a la necesidad y opresión (fenómenos inveterados) obedece a un formidable despertar de las masas campesinas. En nuestro país fueron los modernos partidos de masas quienes contribuyeron a dar conciencia y canalizar este formidable impulso y en un primer momento a estimularlo.

Pero el impulso resultó arrollador. El orden establecido carecía de recursos y capacidad para integrar a los migrantes, y así las migraciones enseguida tomaron la forma de "invasiones" (así las percibieron también en aquel entonces en "Europa") que la Guardia Nacional y las policías no podían

contener. Como otrora las tribus, en muchos casos (donde lo permitía el terreno) el suelo se loteaba y de la noche a la mañana surgía el barrio completo, hasta con sus calles trazadas en damero a la usanza colonial. Pero éstas no eran tribus previamente estructuradas y compactadas. Eran conglomerados de familias provenientes de los cuatro costados de la por entonces invertebrada Venezuela. Eran gentes muy distintas entre sí, que hasta entonces no habían entrado en contacto y que llegaban sin ser llamados ni recibidos, acuerpados frente al exterior, pero entre sí desconocidos y recelosos, competidores ante la escasez. Al principio pudo más la necesidad de ayudarse para sobrevivir y lograr servicios mínimos. Allí se fueron fraguando poco a poco relaciones, pautas, prestigios.

### **Intermediarios**

Poco a poco, como intermediarios del gobierno frente a los barrios, fueron entrando los partidos y estableciendo sus comités. Este fue el punto en que convergieron dos dinámicas: la del barrio por constituirse desde sí y la del partido (que comandaba al Estado y era representante del orden que se estaba estableciendo) por canalizar la vitalidad del barrio según los lineamientos de la democracia que pugnaba por afianzarse. Lo peculiar de nuestro caso es que el partido se naturalizó pronto en los barrios y en el barrio como tal. Subsistió la doble dinámica porque por una parte el partido, aunque lenta y tacañamente, cumplía (sobre todo para sus peones), pero por otra parte resultaba tan insuficiente que el grueso de la tarea quedaba librada a la creatividad personal. Porque tampoco había empleos ni personal especializado para cubrirlos. Si los puestos de trabajo aumentaban en progresión aritmética los solicitantes lo hacían en progresión geométrica. Sin embargo, la renta del petróleo en manos del Estado, la amenaza del modelo cubano y la existencia de la guerrilla y la perspicacia del Estado populista hicieron posible que los migrantes aceptaran plenamente que era posible ir logrando satisfacción a sus demandas sin desbordar los cauces legales, sino dentro de un orden que se establecía contando con ellos y considerándolos incluso como uno de los pilares sobre los que se sustentaba. Así lo consideraban también ellos. Pero eso no abolía la distancia entre la ciudad y el barrio. El sistema abarcaba a ambos y por eso no hubo en este punto antagonismo. Pero a nivel material el contraste saltaba a la vista. Al principio esa brecha era palpable para todos. Para los de la ciudad el barrio era la amenaza que trataban de conjurar. Para los del barrio la ciudad era el sueño inalcanzable y el contraste hiriente que los humillaba. Luego los de la ciudad, al ver que no pasaba nada, se acostumbraron, y la brecha y el sefuego y la herida quedó sólo para los del barrio.

Sin embargo, además del partido, otros sólidos puentes impedían que la brecha se convirtiera en abismo que amenazara al sistema: la educación y

el empleo. Y los dos estaban ligados, en la realidad y más todavía en la expectativa. La educación de los hijos había sido una de las palancas más fuertes para catapultar al campesino a la ciudad ya que el mito más arraigado del sistema es que la educación es el camino para la igualdad social: el que se faja a estudiar puede ser doctor y entrar a la ciudad hasta el santuario mismo en que ella se forja. Nosotros no somos una oligarquía (como Colombia) ni una sociedad birracial (como los países andinos). En Venezuela a quien demuestra capacidad y talento se le abren todas las puertas. La educación tendía la expectativa al futuro y así ayudaba a encajar penurias y frustraciones presentes. Pero ya en el presente el trabajo, que se iba tomando fijo y algo especializado, también llevaba a internalizar una gran cantidad de pautas y a contener muchos impulsos. También a convivir con gentes de la ciudad teniendo que acatar su supremacía.

La mediación efectiva del partido, la educación y el trabajo tiene por fin establecer como horizonte global de los habitantes del barrio la integración a la ciudad. Lo fundamental no era la integración efectiva (imposible para todos), sino que la esperanza de lograrla retuviera en el horizonte del orden establecido de modo que los migrantes no crearan su propio horizonte.

En Venezuela este intento de la ciudad fue relativamente exitoso: por una parte la renta petrolera en manos del Estado populista permitía un cierto flujo social, y por otra la burguesía necesitaba para constituirse y expandirse del talento y afán de superación de estas gentes nuevas. De este modo un número significativo de pobladores de barrio, convertido en "fuerzas vivas" del sistema consagró el mito de la permeabilidad social y de las posibilidades de realizarse en el sistema. Por otra parte el drenaje continuo que el barrio sufría de muchos de sus elementos más dinámicos era devuelto al barrio por la propaganda oficial como desvalorización: los de los barrios no sirven, no valen, no pueden, no son.

## **Heterogeneidad**

Pero a pesar de todo lo dicho, el barrio no pudo ser asimilado por la ciudad. Eso no llegó a suceder ni en las condiciones tan favorables (económicas, sociales y políticas) que tuvo nuestro país hasta la presente década. Mucho menos podía pasar en otros países hermanos. Las guerras civiles que desangran a Colombia, Perú, El Salvador o de otro modo a Chile eso expresan: una tremenda fuerza histórica que en vano intenta ser negada, que no puede ser aplastada. Cada caso tiene sus especificidades y la realidad es siempre muy compleja y no se reduce a un vector. Pero creemos que es indudable que el susodicho es el principal. Apostar por la corta negándose ciegamente a reconocer las fuerzas históricas sólo conduce al suicidio. Por las mismas fechas, la ilustración liberal y la socialista cayeron en la misma ilusión: la

primera pensó que el desarrollo lograría integrar a las masas; la segunda se creyó su guía iluminado para someterlas a su pretendida vanguardia. El pueblo rompió los diques del desarrollo, absolutamente incapaces para contenerlo, y no escuchó las voces de los revolucionarios, que eran al fin y al cabo de la ciudad.

Seríamos ilusos si cediéramos a la impresión de normalidad. Claro que hay relaciones entre el barrio y la ciudad. Claro que en el barrio hay el ansia de integrarse, claro que la propaganda y la ideología se asientan fuertemente en la mente, la imaginación y el corazón de los habitantes de los barrios y lastran también sus bolsillos exangües. Pero en el barrio también se incuban otros fenómenos y germinan otras aspiraciones. Además no hay lugar físico ni puestos en la ciudad para la mayor parte de los habitantes de los barrios. Esto lo saben sobre todo quienes hoy se levantan en los barrios y no conocieron otra realidad, quienes están previendo que les espera (proporcionalmente) la misma estrechez que conocieron sus padres en el campo, pero ya sin ningún espacio libre a donde proyectarse. Ya no se podrá invadir. Tan sólo conquistar. En los ejércitos del imperio romano sirvieron por largo tiempo los bárbaros, que durante muchos años contuvieron a sus hermanos. ¿Cuánto durará ese tiempo, por ejemplo, en el Perú?

Si hoy el barrio no se reduce a su condición de satélite de la ciudad, menos aún lo será mañana. Si hoy la ciudad no reconoce al barrio su entidad sustantiva y no entra en alianza con él, no quedará más horizonte que la masacre. Pero para que no suceda, la ciudad debe reconocer al barrio su condición de agente histórico; debe hacerlo lealmente porque en ello le va la vida y para eso debe renunciar a la pretensión de dirigirlo, de manipularlo, de reducirlo. Pero eso no será posible si no redescubre en el habitante del barrio a un productor cultural.

### **1.3. La obsesión, paridora de vida histórica**

#### **La obsesión como conato**

El núcleo más hondo que constituye a muchas personas de los barrios en agentes culturales y más aún en seres espirituales es algo que designo con el nombre de obsesión. No tiene que ver con la terquedad como rasgo de carácter. Es el conato agónico que tiene por objetivo y contenido la vida digna. Es conato porque es acto persistente, que se pone una vez, que no cesa y que si es vencido o desmaya vuelve de nuevo a proponerse. Es agónico porque el intento no tiene lugar para desarrollarse, sino que tiene que hacerse lugar. En el orden establecido no hay lugar para la vida digna de la mayor parte de los pobladores del barrio: ni espacio material, ni condiciones de trabajo, ni reconocimiento, ni servicios... No es que meramente no haya lugar, sino que el orden establecido

declara positivamente que no lo hay: que está de sobra, que mejor se va, que no encontrará trabajo, que no tiene los requisitos mínimos para casarse, que es una irresponsabilidad que traiga hijos al mundo, que ya no hay cupo en los hospitales ni agua ni luz para él ni escuela para sus hijos, que es un parásito, que debe irse para otra parte. Es decir que la vida le es positivamente negada. Se ve privado de ella. Pero él la afirma. La afirma hora a hora y palmo a palmo. Forcejeando sin tregua. No puede bajar la guardia. Si deja de actuar muere de inanición o de enfermedad o de muerte violenta. Si la obsesión no funciona como horizonte vital no hay vida.

No sucede así con el habitante de la ciudad. Claro está que él también tiene que esforzarse. Pero va a favor de la corriente: no sólo que su esfuerzo personal es retribuido profusamente por el sistema, sino que puede descansar porque su barco sigue navegando en el río social. Esta diferencia es tan radical que es casi imposible percibirla desde el orden establecido que por eso moteja de vagos e irresponsables a los habitantes de los barrios, sin sospechar siquiera la tensión insomne que deben mantener para persistir en la vida. Sólo que la obsesión como conato se convierte en hábito y de ahí la impresión que produce de naturalidad, incluso de desahogo.

### **La obsesión como lógica**

Pero la obsesión tiene también su propia luz, su propia lógica, una lógica absolutamente recalcitrante a la del orden establecido (ahí radica su fuerza), pero un horizonte que abre al pensar la posibilidad de pensar la realidad. Por eso, es acto primero. Sin obsesión el pensamiento lo es sólo del orden establecido, bendiciéndolo o maldiciéndolo, pero teniéndolo por confin irrebalsable. Sin obsesión sólo cabe la resignación al orden establecido identificado como realidad. Es la claudicación impotente a comprender y a transformar. Es falta primordial de ética. Pero gracias a la obsesión los habitantes de los barrios, tan dóciles en tantas cosas a las prédicas de los líderes, no ceden en lo fundamental. Donde les dicen que ya no es posible, ellos siguen pensando que sí hay posibilidad y a esa posibilidad (que desafía estadísticas y campañas propagandísticas) apuestan sus vidas.

Sin embargo, el habitante de la ciudad, aunque se concientice y llegue a establecer la diferencia entre el orden establecido y la realidad, sólo mediante una práctica solidaria que alcance a comprometer los ejes estructurales de su vida, puede poner en funcionamiento esa diferencia, más allá que saber de ella. Lo normal es vivir en el orden establecido y en su lógica aceptándolos en la práctica como la realidad y sus posibilidades.

### **Obsesión y dignidad**

Ahora bien, la obsesión como horizonte vital y mental tiene por fin, decía-

mos, no sólo la vida, sino precisamente la vida digna. Esta especificación primordial engendra un estilo que a la corta hace mucho más difícil la tarea de mantenerse en vida, pero que a la larga lo posibilita y es la causa de la serenidad y solidez de estas personas. No hay que hacerse ilusiones: la aglomeración y la escasez de servicios hace casi inevitable que unos vecinos molesten y estorben a otros. La vivienda inhóspita es proclive a la ausencia prolongada del varón. La estrechez de la habitación propicia la promiscuidad. La frustración, el machismo y el maltrato. Todo conspira a la inestabilidad. En el barrio se vive a veces una guerra sorda y despiadada. Es patente que hay personas que parecen fieras que se abren paso en la vida a dentelladas y otras (o las mismas) que semejan bestias degradadas a merced de los más bajos instintos. Hay gente que se pierde: bien porque se desvía, bien porque ya no pudo más y se echó a morir; otros murieron antes de tiempo por enfermedades de pobres o víctimas de la violencia. Hay bastante gente, pues, que se queda por el camino. Otros emplean ese enorme impulso para salir a como dé lugar. No lo llamamos en este caso obsesión porque el paradigma que funciona como realidad es el orden establecido y el conato se dirige meramente a asimilarse a él. No pocos con enormes virtualidades emprenden este derrotero y logran su objetivo.

Pero en muchas personas de los barrios, aún de éstas que acabamos de mencionar, la obsesión va en procura de la vida digna. Para no pocos malandros o que abandonaron el hogar o incluso realizan habitualmente actos que los avergüenzan, la dignidad y el respeto distan mucho de ser palabras vacías. Normalmente para estos habitantes de los barrios siguen siendo no sólo su ideal, sino incluso su horizonte, negado tantas veces e inalcanzable, pero al que se remiten en otras, y de ahí tantos contrastes y hasta tantas reservas de inocencia en esas vidas rotas. Con mucha mayor razón podemos decirlo de personas que, habiendo entrado a la ciudad, nunca dieron la espalda al barrio, sino que consideran su vida en él como memoria apreciable y fuente de inspiración y comprensión. Si también lo es de solidaridad podemos concluir que aún las anima obsesión.

Sobre todo es frecuente el volver sobre sí, reponerse una y otra vez hasta ir alcanzando una congruencia. Más que una coherencia y fidelidad no desmentidas, muchas personas van tanteando hasta edificar una trayectoria que se convierte en pauta, valor experimentado, camino propio, fidelidad como punto de llegada. Este es un modo frecuente como la obsesión, en la ausencia de pautas establecidas y en el caos de la necesidad impostergable y la incitación al mal, va labrando la vida con calidad humana.

Pero en el barrio existen también personas que saben como por instinto que la dignidad es su mayor tesoro y se respetan y se hacen respetar; que luchan denodadamente en la vida, pero con la fuerza tranquila que da esa conciencia



de bien. No son de ningún modo excepciones, funcionan por el contrario como paradigmas porque objetivan ese horizonte secreto y compartido, ese anhelo de tantos corazones. Por eso el clima espiritual del barrio para quien lo puede saborear desde dentro, traspasada la fachada estridente, deprimente y sombría, es más bien desarmado, sensible, incluso tierno y hasta sentimental, es un clima hospitalario y solidario en el que se dan a diario actos heroicos de callada generosidad. Pero eso no sucede como rasgo cultural ("esa gente es así, son sus costumbres, su modo de ser"), sino como conato y conato agónico, intento a contracorriente en el que se va la vida. Aunque, como conato persistente que es, llega a convertirse en hábito, y de ahí esa naturalidad y aun facilidad engañosa que puede convertirse en malentendido para el observador que no es capaz de indagar los entretelones de ese ambiente.

### **La casa**

La dirección de la obsesión es eminentemente constructiva. Por lo general no acepta el dilema de la vida o la dignidad. Aspira a como dé lugar a una vida digna. Aunque no pocas veces perezca en el intento, el martirio nunca es un ideal. Si sucede, se honra al tesugo; pero se cuenta con la astucia y el sentido de oportunidad para lograr, forzando con tino el tiempo, sus objetivos..

El objetivo más palpable e inmediato, la primera concreción de esa vida digna es la casa. Se aspira a tener una casa y se trabaja durante décadas, en realidad toda la vida, para construirla, consolidarla, ampliarla, humanizarla y hasta adornarla. Muchas veces no se logra al primer intento: hay que desplazarse y recomenzar una y otra vez. La casa obviamente es autoconstrucción. Y aquí viene el soñar y el aprender. Imaginar qué es lo que quiero y capacitarme para hacerlo posible y realizarlo. La obsesión permite soñar: al abrir el campo de lo posible le lleva a uno a dibujar en él su sueño, a acariciarlo, a perfilarlo cada vez más, pues es una libertad situada.

De ese deseo y no sólo de la necesidad nace la capacitación. El conuquero o peón de hacienda se atreve a decir que sabe para conseguir empleo porque sabe que es capaz de aprender, que tiene voluntad y que aprenderá, si el trabajo le cuadra. Y en efecto va aprendiendo. Quien más quien menos todos acaban siendo algo de albañiles, algo de mecánicos y algo de electricistas, y bien en una de estas ramas, bien en otras, poco a poco, adquieren alguna especialización más o menos acabada. De este modo el trabajo es a la vez medio para tener plato para hacer la casa y capacitación para hacerla. Pero es más todavía ganarse el derecho a habitarla dignamente: quien tiene la casa es alguien. Volveremos sobre este punto.

Pero antes es necesario decir que construir la casa es simultáneamente fundar familia. La casa es el símbolo de su perdurabilidad. Y también en esta acepción construir una casa no es una empresa que se logre fácilmente. No es

normal que se logre a la primera. Falta experiencia, no sólo propia, sino ajena. Todos están comenzando y no se conocen a sí mismos ni por lo tanto a los demás. Hay impulsos acuciantes, se está haciendo todo al mismo tiempo y entre tantas tensiones es la familia la parte más débil, sobre todo la mujer. Tanto las frustraciones como los ascensos se convierten en fuente de inestabilidad. Porque en este primer momento no es frecuente que los esposos, además de procreadores y pareja sexual, sean compañeros. Sin embargo, con los años se aprende lo que es la vida. Y al fin queda la casa con su familia dentro. Uno ha sido capaz de construir casa y fundar familia: es gente que merece respeto.

### **Interacciones**

Mientras se nace al mundo del trabajo urbano y se planta la casa y la familia también hay que contribuir a la normalización del barrio: a su equipamiento físico y más aún a su constitución como espacio humano, como vecindario. Ambas tareas están obviamente relacionadas, pero la segunda es más compleja y de largo alcance. Nacer al trabajo es sentido simultáneamente como castración y como cualificación. Castración al pasar de ajustarse para una tarea al horario fijo y el trabajo en cadena y rutinario. Cualificación por su componente técnico y por ser de la ciudad. Pero uno nace a un mundo ya hecho. La casa y la familia exigen, sin embargo, cotas de creatividad mucho más radicales. La casa del barrio no puede tener ni los materiales ni la disposición de la casa rural. Y la familia que se levanta no sigue ya las pautas consuetudinarias. Pronto se descubre que el atractivo físico no da demasiada estabilidad. La familia como unidad de producción económica como fuente de estabilidad no puede trasladarse mecánicamente al barrio. Hay que crear, inventar funciones y relaciones.

De este mismo proceso forma parte el establecimiento de pautas y la formación de relaciones en el barrio. En el barrio no está ni el hacendado, ni el jefe civil, ni los viejos y sus costumbres, ni las tradiciones, ni siquiera el cura. Tampoco el poder coercitivo de la Guardia Nacional. Y cada quien viene de tradiciones diversas. El barrio se convierte en un laboratorio social en el que a través de innumerables tanteos, forcejeos, experiencias exitosas y fallidas se sale del aislamiento y el recelo y se van anudando relaciones de ayuda mutua, de descanso y diversión, de compadrazgo, de cacicazgo, de liderazgo... Hay cuestiones que el barrio ve mal, otras que tolera, otras que aplaude, otras que secunda. Es apasionante seguir el rastro de las interacciones para descubrir cómo se fundan estados de opinión, sentencias que decantan la experiencia, hasta verdaderas pautas con premios y sanciones. Esto, de un modo extremadamente fluido, ya que no hay órganos de autoridad y poder establecidos y reconocidos por todos.

### Personajes y personas

Pero la creación llega a su máxima expresión y a su centro más hondo en la creación que cada quien debe hacer de sí mismo como personaje, como camino para constituirse como persona. En efecto, si no están constituidas las relaciones es porque no están definidas las personas. Aunque también es cierto que las personas se constituyen por las relaciones que entablan y en las que se ven envueltas. Los campesinos se hacían adultos invistiendo paradigmas ya dados. Aunque siempre cabía la impronta personal, el toque individualizador, sin embargo, cada modelo ya estaba rigurosamente codificado por la tradición. Por eso, lo primero que tiene que preguntarse una persona que deja el campo a las espaldas es quién quiero ser yo. Y entonces viene el proceso de construcción del propio personaje. Esta imaginación, como es creadora, no admite fantasías irrealizables, aspira ante todo a la plausibilidad. Pero también, a la gratificación del sujeto: ha de ser un personaje apetecible, por el que merezca la pena luchar, algo digno de tanto esfuerzo como costará el irlo materializando. Si uno decide ser un personaje tiene que cargar con él las 24 horas del día, si no nadie lo tomará en serio. Y esa carga a veces resulta tan excesiva que uno tiene que redimensionar el personaje o incluso trasladarse a otro lugar para poder comenzar de nuevo con más fortuna. Aunque otras veces es el éxito de un rasgo secundario el que lleva a insistir en él hasta convertirlo en el dominante y convertirse en ese tipo que uno no pensó en principio.

Este carácter de personajes convierte a los habitantes de los barrios en paradigma de la modernidad. Característica del Occidente desarrollado es, en efecto, entender y realizar la vida como proyecto. Pues bien, es esto lo que en el barrio está exacerbado hasta límites absolutamente desconocidos por el orden establecido. Establecimiento significa precisamente estructuración: el campo social se encuentra completamente señalado antes que cada individuo comience el juego. En el barrio se inventa a la vez el juego, las normas y las figuras que acabarán por convertirse en pauta.

De ahí el carácter retórico que revisten las figuras y las relaciones. Todo está impostado, tiene la artificiosidad del ensayo, de la pretensión, de la estilización. Ya que los papeles son bien recientes y cada quien se esfuerza por aparecer convincente, desde luego que ante los demás, pero más aún ante sí mismo. Esto se observa en los ademanes, en el vestuario, en el lenguaje. El recibo de la casa, generalmente entreabierto, con su sofá y sus dos sillones y sus adornos y tan heterogéneo del resto de la casa es la metáfora habitacional de esta voluntad de comenzar por componer el semblante, un semblante acogedor y risueño donde se realizan los primeros intercambios con una disposición favorable, en un ambiente que uno domina y que a la vez lo manifiesta y lo oculta, es decir manifiesta lo que quiere expresar y mantiene en la penumbra lo demás.

Algunos de estos personajes ya estarían bastante perfilados. Serían el fundador, el líder, el cacique, el malandro, el que aconseja, el que tiene habilidad para arreglar las cosas y sacar de apuros, el que tiene contactos con la ciudad y puede pasarle a uno buenos datos, el bodeguero, el estudiante, la señora que sabe rezar, el músico, el policía... Naturalmente que la mayor parte de los personajes no están tan perfilados, suelen ser bastantes heteróclitos, contradictorios si se los compara con parámetros exteriores, pero congruentes con la realidad del habitante del barrio que se caracterizaría por *estar entre*, además de *estar con* y mucho más que *estar en*.

No pretendo que todos los personajes del barrio estén derechamente abocados en procura de la vida digna. Hay otros impulsos que a veces los desvían o distorsionan profundamente. Pero sí es cierto que el afán de vida digna se agita en todos ellos y que aun el malandro tiene frecuentemente (si es "buen" malandro) su propia dignidad. Y sobre todo creo que es innegable que el mismo mecanismo de hacerse un personaje hasta constituirse en persona está inspirado por el ansia indomable de ser alguien y ser alguien de respeto. Aunque, como todo lo humano, sea susceptible de desviaciones, el mecanismo tiene por meta llegar a ser humano y llegar a serlo desde la humanidad no reconocida ni por la ciudad ni por el propio barrio. La obsesión hace concebir la necesidad y el deseo de llegar a ser humano en el caos y, a través del personaje, lo va haciendo posible y realizando.

### **Simultaneidad**

Pero la necesidad de la obsesión queda patente si consideramos que todo el proceso descrito debe ser realizado simultáneamente. Que mientras uno va orientándose en la ciudad y aprendiendo un oficio y construyendo casa y familia y relacionándose y ensayando su propia figura también tiene que acarrear recursos para subsistir. Mientras se consigue un empleo se tiene que comer, mientras se consigue una casa se tiene que cobijar, mientras uno se consigue consigo mismo se tiene que relacionar. Bien o mal, pero todo tiene que hacerse a la par y sin ayuda de nadie, o de repente con ayudas, pero que también han de ser conseguidas y a veces a altísimos precios. Y a veces no se tienen los documentos ni certificados de trabajo ni recomendaciones ni dinero para el transporte para ir a buscar trabajo y arreglar los papeles. Y mientras tanto hay que comer y vestir y dormir... Ahí es donde no cabe más que la obsesión indomable o la muerte. Y para la mayor parte de los habitantes de los barrios la obsesión triunfa sobre la muerte, aunque en ese conato agónico se vaya toda la vida que se pierde para ganársela.

Ellos fueron quienes le enseñaron a García Márquez "que las obsesiones dominantes prevalecen sobre la muerte."

## **2. Discernimiento evangélico de la cultura en los barrios**

### **2.1. Definición espiritual del tiempo histórico**

#### **Creación histórica y creación teológica**

No toda creación en el sentido genérico de creación histórica es creación en sentido estrictamente teológico. En el sentido histórico creación significa aparición de nuevas formas de vida mediante un proceso que comprende la creación de capacidades a partir de posibilidades actuales, el ejercicio de esas capacidades que hace aflorar posibilidades inéditas y, finalmente, la realización de dichas posibilidades. Todo este movimiento se afínca en un sustrato material que lo condiciona y posibilita, pero formalmente es un proceso de libertad. Sin embargo, aún no se dice nada de la dirección de este proceso. Por ejemplo, hoy hay posibilidad real, tanto por el desarrollo de las fuerzas productivas como por los canales de distribución, de que toda la humanidad se alimente de modo suficiente. Y sin embargo, esa posibilidad no sólo no se realiza, sino que en la actual figura histórica no se ve que se esté en camino de llevarse a cabo. Otra creación histórica rigurosamente inédita es la posibilidad que hace poco se ha alcanzado de destruir a toda la humanidad y a las formas de vida más complejas. Estos dos ejemplos muestran que la creación histórica, en cuanto creación de formas o figuras históricas o posibilidades nuevas, no siempre es creación de vida y menos aún progreso hacia formas más elevadas de vida. Pues bien, sólo cuando es creación de vida, la novedad histórica es creación en el sentido teológico. Por eso, si hemos afirmado que en los barrios está surgiendo novedad histórica, aún queda por discernir la calidad teológica de esa novedad.

La definición teológica de un tiempo histórico es en sí misma un acto espiritual; es, pues, más que los antecedentes, y en este sentido es indeducible y por lo tanto indemostrable; aunque tiene su propia luz y a esa luz es razonable. Por lo tanto, sólo se puede proponer y razonar. En sentido estricto es un acto profético; pero si no se posee esa conciencia ni por lo tanto esas pretensiones, se propone de un modo abierto, como mera propuesta.

#### **Tiempo de éxodo**

Nosotros proponemos que este tiempo latinoamericano y venezolano debe ser calificado como éxodo. El paradigma del éxodo expresa la salida de una opresión y la marcha por el desierto hasta arribar a una tierra y construir en ella una figura histórica en la que sea posible la vida digna. El sujeto de este proceso es finalmente Dios a través de sus "manos:" su palabra y su espíritu, que actúan en los autores y agentes de esta gesta histórica. En el tiempo del éxodo, Dios se revela como liberador y creador del pueblo y el pueblo se va

eligiendo como pueblo de Dios. Este tiempo de rupturas, desplazamientos, luchas, inseguridades, tentaciones y pecados es sobre todo tiempo de salvación. Pues bien, a nuestro parecer, ése es el tiempo de nuestros barrios.

### **Un tiempo articulado. Determinación de la etapa actual**

El tiempo del éxodo es un tiempo articulado. Comprende varias etapas: las preparaciones, la salida, la marcha y la constitución. En la primera, que puede durar muchísimo, la presión es creciente hasta hacerse insoportable, pero es procesada en el marco vigente considerado como insuperable. En esta situación de cautiverio hay personas que empiezan a concebir otra posibilidad, incluso a actuarla; como son acciones prematuras el resultado es mayor opresión, pero la nueva posibilidad se afianza y cunde. La salida más que un proceso es un acontecimiento, aunque puede darse por oleadas; arrancarse siempre encierra patetismo. La marcha indica el lapso que media entre el antiguo establecimiento y el nuevo. Es un período de intenso dramatismo en el que lidian la fe y la esperanza con el desánimo, las oposiciones y la tentación de vender el alma. La etapa de la constitución, finalmente, es la más larga y larvada; por un tiempo todo parece ruín, un retroceso; pero en ese tiempo como informe y detenido se incuban las formas que tendrán luego vigencia.

Así, pues, afirmamos que, como de éxodo, el tiempo de los barrios es tiempo de salvación. La fase global en que se encuentra transitaría de la marcha a la constitución. Ya que los primeros asentamientos se ven sacudidos por nuevas oleadas que vuelven a ponerlo todo en marcha. Más aún, se puede prever que, además de los nuevos que vayan llegando, la nueva oleada será la de los que ya no conocieron sino el barrio que al emparejarse no tendrán más remedio que "invadir" de nuevo el barrio tuzurizándolo, lo que provocará tremendas tensiones que obligarán a una nueva reestructuración. Entonces se verá este tiempo, que se nos aparece hoy tan duro, como holgado y apacible. Aunque tal vez esa presión desemboque finalmente en un cambio global de la figura histórica.

### **Tentaciones del camino y de la instalación**

Esta etapa de la caminada es etapa de tentaciones. Una de ellas es la de mantenerse en el paradigma pasado idealizado, negándose a medir lo que pasa por la luz que va saliendo del propio proceso. Son tantas las contrariedades, es tal la dificultad de procesar lo nuevo que, para no perderse, a veces no se ve más posibilidad que cerrarse por dentro de modo que las incesantes mutaciones no pongan en peligro la propia identidad inalterada. Uno se identifica con una interioridad cada vez más inexpresada y vive como forastero y, mientras tanto, su paradigma se va convirtiendo en una entelequia. Esta entelequia se compone de sensibilidad, actitudes y valores, y así, abstraída de muchos elementos

negativos, alcanza una cierta trascendencia que permite a estas personas enfrentar los hechos desde unas coordenadas en las que se sitúan y así se comprenden y jerarquizan. Es un mecanismo de resistencia que impide caer en la anomia y en este sentido ha de ser positivamente valorado. Como una primera hipótesis de trabajo es una postura razonable y casi la única posibilidad que se tiene a mano. El problema es cuando de hipótesis se convierte en tesis. Entonces, no es posible ya discernir lo que el paradigma encierra de trascendente de lo meramente circunstancial e intrasferible a otra situación; y tampoco hay ya la posibilidad de abrirse a lo nuevo como tal, puesto que lo que va sucediendo sólo cobra significatividad en la medida en que se lo reconoce con los parámetros de antaño.

Otra tentación es la que el Antiguo Testamento describe como entregarse a los dioses de la tierra como camino para asimilarse a ella y obtener su bendición. La tentación es doble: por una parte entregarse, es decir abdicar de la propia pretensión (libertad, dignidad); y por otra, dejar el proyecto de llegar a constituir un pueblo e integrarse a lo que ya está establecido en la ciudad. Son las dos caras de la misma moneda: en cuanto yo no salgo a buscar mi verdad, tampoco lucho por crearme como cuerpo social; en cuanto aspiro a ser el otro también lucho por entrar en su casa, por naturalizarme en su sociedad.

Esta tentación es descrita como idolatría porque el objetivo del éxodo no se agota en la obtención de bienes (mercancías, técnica y organización), sino que se dirige a la constitución de un pueblo de seres humanos libres y esto sólo acontece en el proceso del éxodo, es decir, al dejarse llevar por el espíritu, al acordarse con el plan de Dios. Es obvio que para tomar posesión de la tierra se necesita asumir mucho de lo que ya lograron los que habitan en la ciudad y para eso es necesario entablar con ellos un diálogo histórico, que también debe ser evangelio para ellos. Pero para que suceda este fecundo intercambio es indispensable no renunciar a la novedad de la que se es portador, no abdicar de la propia trascendencia oscuramente intuida, no dejar la obediencia al espíritu que aspira en uno a la vida digna y compartida. En el Pentateuco este primer momento se procesa drásticamente: exterminando a pueblos, cerrándose a la mezcla desintegradora, proclamando como el quicio de todo la adoración al Dios liberador y, por tanto, el ateísmo ante cualquier otro poder o señorío. La primera consecuencia de esta decisión fue la pobreza: no pudieron tomar las ciudades ni poseer las planicies fértiles y se encontraron en los cerros, en zonas menos apetecibles y más inaccesibles. De todos los modos inclinarse a los poderes de los poderosos (a su lógica, a su ethos, a su sistema) siguió siendo hasta el fin la gran tentación de Israel, a la que en buena parte sucumbió y por lo que (al decir de los profetas) volvió a recaer en la esclavitud.

Hoy esta tentación no es fácil que sea percibida como tal por los habitantes de los barrios porque las instancias ideológicas (incluida en buena medida

la institución eclesiástica) insiste en que la integración no es alienación porque quien se integra no pertenece a otra historia, sino al ayer de la misma historia, es meramente un rezagado que se pone al paso. Asimilarse es más bien llegar a sí, reintegrarse. Lo que en la situación vigente no va en procura de la vida digna no debe achacarse a las estructuras, al sistema, sino que son abusos derivados últimamente de la labilidad de la condición humana. No son las estructuras las que engendran violencia, no es una situación de pecado; es meramente el barro del que todos estamos hechos.

Para nosotros es cierto que no se trata de una historia distinta. Pero sí de una época nueva con un nuevo sujeto histórico, con un nuevo ethos y, finalmente, con una estructuración reorientada. Nadie tiene la tentación de no tomar en cuenta el momento de continuidad: se impone como algo ineludible. La tentación es no buscar ser pueblo, sino aceptarse como candidatos a ciudadanos, es decir, a entrar en el pueblo que componen los de la ciudad. La tentación es no seguir en el intento inédito de crearse como personas, y aceptar la propuesta vigente de aspirar a llegar a ser una personalidad o, por lo menos, un cliente e imitador de ella. Caer en esta tentación es negarse a alumbrar la época nueva y atenerse a la vigente, aunque sea en condición de marginado y explotado. Así, por supuesto, no se quita el pecado del mundo, el éxodo se degrada a traslación geográfica y asimilación a lo dado, desaparece el proceso de liberación suplantado por el de expansión de la ciudad y es apagado el espíritu. Caer en esta tentación es dejar la solidaridad y la dignidad y en la mayor parte de los casos, también la vida. Porque la asimilación es inviable como hecho masivo. El sistema sólo elige a los mejor dotados. La propuesta como tal sólo es ideología, tiniebla (en el lenguaje de Juan) que impide reconocer la situación letal.

Otra tentación de este tiempo es la de perder la esperanza. Ante tantas dificultades y reveses sólo queda el momento presente, desprendido ya de cualquier trascendencia; o ni siquiera eso, sino la miserable seguridad que da el no poder caer más abajo. Uno está contra el suelo y ahí se queda, recibiendo lo que venga hasta que venga la muerte. En esta tentación no se puede caer de modo radical por mucho tiempo porque en la mayor parte de los casos el orden establecido no brinda ni el mínimo para poder subsistir, así que el que se echa a morir muere, a menos que, como sucede no raramente, lo socorran quienes, estando casi como él, no se rindieron. La tentación acecha, pues, más que de modo absoluto, como dejar cualquier propósito, deseo, incentivo y restringirse a una existencia umbrátil. O más frecuentemente aún como estabilizarse prematuramente al alcanzar un mínimo de seguridad dando ya por cancelada la aventura de vivir. "Hasta aquí llegué" es el nombre de algunas bodeguitas, que caracteriza a sus dueños. Esta tentación además de frecuente es tremendamente lógica y en cierto momento del desarrollo personal casi deja de ser una tentación para convertirse en una ley sociológica que busca estabilizar lo



logrado antes de plantearse nuevas metas. De todos los modos queda el dato de que mantener la esperanza y, por tanto, el proyecto y la condición de sujeto histórico es una empresa tan ardua que en grandes números no se explica como rasgo de temperamento o carácter ni como reacción casi instintiva cuando las personas están entre la vida y la muerte. Para nosotros esa esperanza es, en sentido estricto, virtud teológica, que no se caracteriza tanto por su objeto (la virtud de la religión se dirige a Dios y es una virtud moral) cuanto por su autor que es el mismo Dios y que por eso es una de las praxis más genuinamente humanas y personalizadoras.

### **Un tiempo de violencia**

El tiempo del éxodo es también tiempo de lucha, de enorme violencia. Ante todo, la violencia que quien camina tiene que hacerse a sí mismo para vencer las tentaciones aludidas. Esta violencia, verdadera abnegación, equivale a una muerte. Es morir transformar en memoria (conservada como pasado valioso e iluminador, pero relegada al pasado) la sabiduría decantada en el modo de vida que se vivió en el campo. Es morir estimar mayor riqueza el oprobio del pueblo elegido que los tesoros propuestos por el imperio, es morir preferir ser maltratado con el pueblo de Dios al goce efímero con que tienta el sistema (Cf. Hbr 11, 25-26). Es morir vencer las pulsiones de cesación de todo movimiento (sentido como fuente de dolor), la tendencia a la entropía, en definitiva a la muerte.

Pero la abnegación, si es fiel al espíritu, conduce también a la lucha de liberación: vencer las tentaciones es no sólo arrancar complicidades internas, sino también superar las causas que desde la situación vigente las provocan. Una lucha violenta como respuesta a cada una de las dimensiones en que el sistema la plantea: lucha ideológica, económica, política, jurídica, cultural, policial.

No luchar es infidelidad radical a las exigencias del momento presente. Por eso la prédica de la resignación es un pecado mucho mayor que el de la misma resignación, aunque ambos sean pecados mortales porque llevan en su entraña muerte. Sin embargo, también es infidelidad luchar del mismo modo que los amos de este mundo. Ellos luchan porque andan sin esperanza y sin Dios, luchan para que no haya novedad ni evangelio, luchan para que no pase esta figura histórica necrófila, luchan para que no surja "el que tiene que venir." Por eso emplean las armas de la muerte. Quienes caminan hoy en éxodo tienen que oponerles sus propias armas: la violencia de la vida. La violencia que entraña organizarse, capacitarse, resistir, buscar alternativas, creer en ellos mismos ("cuando el pobre crea en el pobre/ ya podremos cantar libertad"), reclamar los derechos, presionar para conseguirlos, administrarlos sagazmente, crear, conservar y ampliar espacios para manifestarse en común como cuerpo social

participativo y dinámico, fraternal; la violencia también de aguardar confiadamente y con astucia los momentos oportunos para avanzar en su liberación tan ansiada (Puebla 452).

### **Con ambigüedad y pecado, un tiempo de salvación**

Este tiempo de éxodo, al ser de tentaciones y luchas, es tiempo de ambigüedad y pecado. Quienes caminan no son ángeles ni superhombres. Este proceso histórico no es la marcha de un ejército certeramente dirigido, enteramente ganado por la causa y disciplinado. Afirmar que se trata de un verdadero éxodo y que el Espíritu de Dios es su principal protagonista no puede llevar a idealizar a los protagonistas humanos de la gesta. La opacidad es manifiesta así como los pecados, a veces terribles, y la deshumanización que acecha. No es necesario insistir en este aspecto que es el único que recalca el orden establecido y que sufren íntima y cotidianamente los propios habitantes de los barrios. Lo que para el orden establecido está completamente cerrado es el paso del Señor: quién más quién menos, muchos habitantes de los barrios han experimentado la presencia de Dios en sus vidas, a veces de modo casi habitual, otras como fuerza decisiva en circunstancias especialmente difíciles; también han experimentado su ausencia dolorosa y han clamado no pocas a gritos y con lágrimas, hasta comprender a veces que no era ausencia, sino presencia callada y dolorosa del Dios que padece solidariamente.

No es tiempo de balances, pero nosotros estamos convencidos de que la posteridad mirará con tremendo respeto este éxodo y exaltará a sus protagonistas anónimos. Estamos ante una verdadera gesta histórica. Si hasta hoy no ha encontrado cantores es porque sus héroes son todos de abajo, son los que no tienen puesto ni nombre en la figura histórica actual. Pero lo tendrán sin duda en la que venga. Entonces acechará el peligro contrario de sacralizarlo todo. Por eso es bueno desde ya intentar el discernimiento. Y así, tras el discernimiento que define el tiempo histórico y su dirección, pasaremos a discernir la acción fundamental que lo caracteriza.

## **2.2. La obsesión, acción espiritual**

### **Coincidencia con el Espíritu**

Definimos la obsesión como el conato agónico que tiene por objetivo y contenido la vida digna, afirmada como posible y realizada frente al orden establecido que desde su lógica decreta su imposibilidad y que la distribución concreta de sus recursos la desconoce y niega. Insistimos en que la obsesión no es un rasgo de carácter, no es una mera reacción instintiva de supervivencia, tampoco pertenece a la idiosincasia de un grupo humano ni es sin más un elemento cultural. Como conato incesantemente reiterado logra convertirse en

hábito, pero no llega a automatizarse por su carácter agónico: al mantenerse la negación del orden establecido, el acto de afirmación que la vence es estricta creación histórica y se sitúa así en la cúspide de la libertad.

La afirmación incesante de la vida digna negada no es sólo la expresión más alta de las posibilidades humanas; es más profundamente, en sentido estricto, acción espiritual. Con esto queremos decir que tiene por sujeto al Espíritu de Dios. El acto de obsesión va frecuentemente mezclado con otros elementos y por eso debe ser discernido, pero en cuanto es obsesión, tal como la hemos definido, ya no hay que averiguar más: quien está detrás es el Espíritu Santo. El espíritu es caracterizado en el credo como *dador de vida*. Pues bien, en la obsesión realiza su modo de ser persona de una manera eminente. Al caracterizarlo como dador de vida expresamos que es acción. Viento, fuego, agua, sus símbolos neotestamentarios, apuntan en esta dirección. Pero, como Espíritu de Dios que es, no actúa como ser intramundano, su acción es trascendente. Pero si no se nos revela como una figura (como el Padre o el Hijo), su trascendencia acontece en sujetos mundanos. En ellos es trascendente y por eso no interfiere en absoluto en su condición de sujetos. Pero es trascendente en ellos y por eso su trascendencia se realiza en la inmanencia, desde lo más íntimo de ellos. Así, pues, afirmamos que en el acto de obsesión *coinciden* el ser humano y el Espíritu de Dios. Coinciden significa que se "tocan," es decir que se da una relación inmediata. Pero como el contenido de la obsesión no es formalmente religioso, sino la vida digna, la relación es indirecta, es decir se "tocan," pero no "cara a cara," sino "codo a codo:" ambos confluyen en el mismo acto de conseguir (para el ser humano), de dar (para el Espíritu) vida digna. Pero, ya lo hemos dicho, no confluyen al mismo nivel, no se trata de una *synergia*. El acto es sólo humano y sólo del Espíritu. De todos modos, esa inmediatez, si no es temática, sí es de algún modo reconocible. Cuando se da el reconocimiento, aflora la otra nota que el credo aplica al Espíritu: *Señor*. En efecto, quien se entrega a la obsesión puede llegar a captar que lo hace llevado por un impulso interior que es más fuerte que él mismo y que hace sacar fuerzas de flaqueza. Quien tematiza cristianamente este reconocimiento sabe que el acto de obsesión no es pretensión propia, sino fidelidad a este llamado interior, obediencia al Señor que ha puesto en uno esa voluntad indomable de vida digna.

### **La obsesión y la trinidad económica**

Como el Espíritu es Espíritu de Jesús, el contenido de la obsesión, que es el fruto de su acción, son los bienes mesiánicos, que no son otra cosa que la vida de aquellos que carecen de vida, de aquellos a quienes se les ha negado la vida (Mt 11,2-7; Lc 4,16-21; 6,20-23). Lo mínimo de lo mínimo: "construirán casas y las habitarán/ plantarán viñas y comerán sus frutos/ No construirán para que otro habite/ ni plantarán para que otro coma/ No se fatigarán en vano/ ni

engendrarán hijos para la catástrofe/ porque serán la estirpe de los benditos del Señor" (Is 65, 21-23).

Como el Espíritu es Espíritu de Dios, continúa realizando su acción escatológica: Dios se reveló en Jesús como quien da vida al crucificado; el Espíritu de Dios, en el acto de obsesión, sigue dando vida a los crucificados, a los condenados de esta tierra.

La finalidad de la obsesión es superar no sólo la muerte sino el individualismo y la masificación. La acción espiritual se ordena a la constitución de un pueblo fraternal en el que, de este modo, pueda reinar Dios como Padre (Ap 21,3).

Naturalmente que en el barrio se dan muchas otras cosas y que lo apuntado aquí se da muchas veces tan soterrado que para agentes pastorales que llevan muchos años en ellos puede haber pasado desapercibido. Sin embargo, no dudamos en afirmar que es cristianamente lo más significativo. "Dichosos los que ven lo que ven ustedes" (Lc 10,24).

### **3. Inculturación del cristianismo y de la institución eclesiástica a los barrios**

#### **3.1. Desde la cristiandad no cabe la inculturación**

Desde lo que llevamos dicho, la inculturación de la iglesia a los barrios queda muy precisamente enmarcada. Consiste ante todo en el reconocimiento de la época histórica que vivimos y de su sujeto histórico, y en sacar las consecuencias que de estos hechos se derivan. Pero esto no será posible sin un cambio drástico de ubicación. Aunque no basta el desplazamiento físico. Dentro de él, lo decisivo es el cambio de lugar social.

En efecto, aún es la figura de la cristiandad el modelo simbólico en que se mueven la mayor parte de los agentes pastorales. Eso significa que se ven como representantes de la globalidad tal como ella está estructurada; por ello forman parte de "las fuerzas vivas," al lado de los personeros de las otras instituciones del orden establecido. Estos agentes pastorales se ven en la figura histórica vigente. Ella es su lugar obvio, natural, indiscutible. Eso no significa que no tengan críticas que hacerle; pero son críticas desde dentro de la misma figura histórica para preservarla, corrigiendo abusos y desviaciones que podrían ponerla en peligro. En esta manera de ver las cosas, la Iglesia es el alma de esta figura histórica. Naturalmente que se sabe que la Iglesia es trascendente, pero la institución eclesiástica concreta funciona como una de las instituciones de la figura histórica vigente. Esto significa que está aculturada a ella.

Ahora bien, para la figura histórica actual los habitantes de los barrios son los marginados o los oprimidos, no son ningún sujeto histórico. Afirmer que

las migraciones abren una nueva época en la historia latinoamericana, mientras que la independencia sólo significaría un nuevo período dentro de una época, significaría cambiar parámetros bien consolidados por hipótesis inconsistentes. Elevar el fenómeno sociológico y demográfico conocido como éxodo rural a la categoría teológica de éxodo es magnificar un hecho, peor aún, distorsionarlo. Pretender que lo que no es más que la lucha elemental por sobrevivir sea rigurosamente hablando un acto espiritual es cambiar de significado a los conceptos más tradicionales.

Desde la figura histórica vigente los habitantes de los barrios son o campesinos en la ciudad o gente en proceso de adaptación a la modernidad, de ningún modo portadores de novedad. Cristianamente, se impone la cercanía humana para ayudarlos. Pero el sentido de esa ayuda es claro: como representantes de la ciudad y a la vez custodios de algunos valores tradicionales imperecederos, acompañarlos para que no pierdan lo mejor que traen y para que adquieran lo más válido de la ciudad y no sus apariencias ni sus deshechos. La disponibilidad debe ser total, pero quienes tienen que cambiar de piel son ellos; su meta es la ciudad en la que nosotros ya estamos, lo mejor de ella, que representamos.

Desde el comienzo de este artículo hemos reconocido la parte de verdad que encierra esta postura; pero, si tiene sentido todo lo que antecede, también hay que reconocer que ella pasa por alto lo más significativo: la condición de sujeto histórico del habitante de los barrios.

### **3.2. Ruptura e iniciación**

Mientras no se sospeche que nuestro cristianismo está aculturado a la figura histórica vigente y que es necesaria la ruptura con la neocristiandad, no será posible entender el cristianismo como un proceso de iniciación. La inculturación del cristianismo y de la institución eclesial en la cultura que emerge en los barrios sería un modo de historizar la vivencia del cristianismo como iniciación. Eso es precisamente lo que está sucediendo entre nosotros. De muchas maneras puede surgir la conciencia de la necesidad de conversión en el agente pastoral que hasta entonces se veía en paz dentro de las pautas vigentes. Cuando éstas se tornan radicalmente insuficientes, el proceso de conversión se va dando como iniciación en el misterio cristiano que acarrea una muerte a representaciones, pretensiones y pautas, una muerte íntima y cultural, y el nacimiento a una configuración personal y cultural. Como al comienzo del cristianismo, la iniciación es un camino solitario que acontece en un grupo y que va dando lugar a un cuerpo social. Pues bien, entre nosotros la conversión lleva ordinariamente en algún momento del proceso un cambio del lugar social, un cambio de solidaridades y la pertenencia a un grupo de referencia comprometido con el pueblo creyente y oprimido, y en no pocos casos el cambio físico de lugar y la entrega de la vida al servicio directo de ese pueblo.

Se esté o no viviendo en un lugar popular, en nuestro caso en un barrio, la inculturación a él como cristiano y eventualmente como perteneciente a la institución eclesiástica, sólo comienza cuando empieza para uno el proceso personalísimo de iniciación. Porque sólo la ruptura interior que causa este proceso abre espacio, da lugar y a la vez desata energías para este profundo cambio de piel. Aunque también es posible que un proceso serio de inculturación, a nivel cultural y de relaciones, desate ese proceso de conversión a nivel cristiano.

Esto significa que la inculturación de la institución eclesiástica y del cristianismo a la cultura surgente en los barrios no puede entenderse como un proceso de extensión y especialización del cristianismo vigente en la ciudad y de su institucionalización. No se trata, pues, de aspectos metodológicos y técnicos. Mientras no se ponga en juego el cristianismo vigente en la ciudad no será posible su inculturación en los barrios. Sólo desde una conversión podrá abrirse paso la inculturación como iniciación.

### 3.3. Inculturación y diálogo histórico

La inculturación toma la forma de diálogo histórico. Histórico porque cada uno de los dialogantes pertenece a una época y a una cultura. El agente pastoral pertenece a la época de los españoles, al período de los criollos y a la cultura occidental bajo la modalidad criolla en la figura de una institución eclesiástica en régimen de neocristiandad; el habitante de los barrios es el sujeto histórico que con su irrupción abre una época nueva y es portador de una cultura mestiza en la que se incuban las formas a través de las que pugna por expresarse la religión del pueblo.

El diálogo comienza cuando el agente pastoral hace silencio y en la escucha del clamor popular va aprendiendo a discernir a ese dialogante tal como lo hemos caracterizado. A medida que esto sucede, se reconoce también a sí mismo y capta que no está a la altura de los tiempos. Entonces comprende la inadecuación de su oferta cristiana al pueblo, y más aún la contradicción entre su ser cultural en la neocristiandad y su pretensión de llevar al pueblo la buena nueva de Jesús. Es la época de Pablo en Arabia y su retiro a Tarso: Pablo cambió todo, pero cada elemento había quedado intacto y era necesario desmontarlos uno a uno para ver qué podía conservarse y qué no, y para ir reconstruyendo el conjunto. Ese tiempo es muy largo y oculto, pero es el tiempo del morir y renacer, del que dependerá todo el resto. Un tiempo que tiene su ritmo que no puede acortarse. Podemos decir que el fruto mayor de muchos años de estancia desabrigada de muchos agentes pastorales en los barrios no es el fruto objetivo que van dejando en ellos y en sus habitantes. El fruto mayor es que el barrio los ha cambiado. Ya son otras personas. Ya lo que hagan en adelante, si se mantienen fieles, será cualitativamente distinto, será la genuina nueva evangelización.

El cambio consiste en que han entablado unas relaciones horizontales, abiertas y bidireccionales. Ya no son la iglesia docente que, de un modo rigurosamente codificado y con el poder que le da la representación institucional, enseña a los que sólo tienen que aprender. Pero es un cambio mayor el que esas relaciones de persona a persona acontecen cada vez más en la casa de ellos, no sólo en sus ranchitos, sino en su lenguaje, que es la casa de una cultura, y a partir de sus preocupaciones y aspiraciones. Y al faltar el poder, sólo queda la desnuda autoridad personal, es decir que ya el agente pastoral no controla su oferta; él tiene sin duda una función y un peso, pero cada vez más es el grupo quien propone, decide y evalúa. Al fin estas relaciones llegan a convertirse en relaciones primarias: a través de ellas el agente pastoral va haciéndose persona y muy específicamente persona cristiana. Naturalmente que este último paso, que compendia a los demás, no es posible si el agente pastoral perdura en el barrio como una persona adulta, es decir plenamente constituido ya. Si se mantiene así, todas las relaciones serán sólo secundarias, no constituyentes.

Desde estas relaciones nuevas cabe una evangelización que toque también el núcleo personal y cultural de los habitantes del barrio y lo transforme profundamente. Pero esa transformación no será ya alienación, sino sanación, liberación y plenificación del ser humano que surge en el barrio y de su núcleo ético-mítico.

#### **3.4. Diálogo histórico y tradición como acto**

Este diálogo histórico será de este modo un verdadero acto de tradición. En efecto, en el desmonte aparecen piezas que, situadas hasta entonces en la estructura de la neocristiandad, la trascienden de tal modo que al desprenderlas de su estructuración no sólo no pierden su sentido y consistencia, sino que éstos se acrecientan. Estos elementos son los que componen la tradición, y es precisamente en el acto de desestructuración cuando, liberadas de una configuración que las recortaba o incluso las desnaturalizaba, cobran toda su dimensión, y de elementos estructurados pasan a elementos estructuradores.

El agente pastoral inmerso en este proceso de criba y discernimiento de todo lo que lleva puesto está también por eso en condiciones de reconocer estos núcleos de tradición también en los habitantes de los barrios. Y otro tanto acontece con los habitantes de los barrios. Quien vive un proceso de iniciación se encuentra con otros que desde sus riberas viven el mismo proceso de fondo. Es así como el agente pastoral se encuentra con personas en los barrios que viven la religión del pueblo no como un elemento cultural, sino también como un proceso de iniciación que consiste muy precisamente en poner a prueba su fe, no en el sentido de someterla a controles, sino en el de apoyarse en ella y vivir de ella (1s 7,9; Hab 2,4) y encontrar que uno puede vivir de ella ya que

en esta situación de pecado la justicia no da para vivir. Vivir concreta y cotidianamente apoyado en Dios genera una serie de expresiones que van poco a poco conformando la religión católica tal como es vivida en los barrios. Estos habitantes de los barrios que tratan de moldear su vida en obediencia a Dios reconocen a los agentes pastorales que van renaciendo en esta misma obediencia fundamental.

En ese proceso, que tiene que ver con la obsesión cuando es vivida desde una fe cristiana consciente y actuante, reduce lo mínimo de lo mínimo, es decir lo más fundamental que acarrea la tradición cristiana. Es en ese proceso donde se distingue la tradición de la tradiciones religiosas transmitidas también incluso por la institución eclesiástica, pero que en realidad son meras tradiciones humanas impuestas como opresión y que oscurecen el mandamiento de Dios.

La tradición como acto consiste propiamente en la entrega de los contenidos que constituyen la tradición. Esta entrega, como hemos visto es mutua: de los agentes pastorales a los habitantes de los barrios y viceversa. En este acto de tradición reduce la primera eclesialidad, es decir, acontece ese llevarse mutuamente en la fe los unos a los otros. Este acto es acertadamente calificado como eclesiogénesis porque la iglesia se genera, es decir, brota iglesia cuando unos llevan a los otros en su fe y éstos son llevados por la fe de aquéllos: los agente pastorales sostienen a la gente de los barrios que a su vez sostiene a los agentes pastorales.

### **3.5. Inculturación y tradición**

Pero esta entrega recíproca cada vez más intensa tiene, sin embargo, una dirección histórica precisa: a través de ella la institución eclesiástica criolla se vuelve institución eclesiástica mestiza; el cristianismo como versión americana del cristianismo occidental se transforma en cristianismo inculturado a la cultura surgente en los barrios; el sujeto de la institución eclesiástica, criollo o acriollado (desde una proveniencia extranjera o popular), da lugar al sujeto neomestizo que se levanta en los barrios.

Así, el acto de tradición llega a ser un acontecimiento de envergadura histórica: el cumplimiento de la promesa latente durante medio milenio. La iglesia occidental viene a América como iglesia misionera con el fin de construir una iglesia indígena. Pero no lo hace inmediatamente porque declara indispensable un proceso de tutelaje encaminado a la formación del sujeto autóctono plenamente constituido. Pues bien, el ser humano que se levanta en los barrios a impulsos de su obsesión es uno de esos seres nuevos surgidos en América Latina. La celebración de los quinientos años es una fecha propicia para efectuar simbólicamente este relevo histórico. Pero dar lugar no es retirarse y dejar el campo libre; al contrario, requiere la máxima actividad, la más alta



posibilidad del agente pastoral criollo o acriollado, requiere romper su aculturación y poner a funcionar sus más profundos resortes cristianos, toda su magnanimidad. Porque ese acto de tradición sólo puede llevarse a cabo en la propia casa de los sujetos emergentes, en nuestro caso en los barrios, es decir, en el proceso de inculturación. Y es el grado de inculturación el que da la medida de lo que puede entregar el acto de tradición.

